

José Antonio de Aguirre era el presidente del Gobierno autónomo Vasco cuando se intentó llegar a una paz por separado con este país del Estado español. Hombre cuya honestidad intelectual y rectitud moral no era puesta en duda por nadie, supo defender hasta la derrota los derechos de su pueblo. (La foto muestra al «lendakari» Aguirre rodeado por los periodistas al llegar a Barcelona el 25 de julio de 1937).

Euskadi, 1937: Las propuestas de paz

Alberto Fernández

*L*A derecha reaccionaria francesa, que se había estremecido temiendo por sus privilegios cuando llegó al poder el Frente Popular (esta misma derecha que se dividiría en dos bandos durante la ocupación de Francia por los alemanes: un grupo numeroso pasó a la colaboración; el otro, a la Resistencia, por patriotismo o por interés), se frotaba las manos a primeros de 1940, ciega e insensata. Al grito de «Antes Hitler que Blum» y «Hay que terminar con estos Gobiernos de 'salopards'», se unió, en lazo

sagrado, para derrumbar a quienes representaban una gran esperanza para el pueblo trabajador y eran el mejor muro de contención contra un fascismo que se hacía cada día más agresivo. Por no ceder unas migajas de justicia social y no admitir que una parte del poder político estuviera entre las manos de aquellos que los electores habían designado para gobernar, esta derecha, cavernícola y conservadora, se jugó el todo por el todo y, una vez abatido el Frente Popular, entró inconscientemente en la vorágine que pondría en peligro no solamente la independencia y la libertad de su país, sino incluso su existencia en tanto que nación.

Pero, voraz y con ansias de hacer pagar a los demás sus pasados temores de unas semanas, hizo cuanto pudo por destruir igualmente una experiencia que, por lo cercana, les molestaba y quitaba el sueño: la del Frente Popular del otro lado del Pirineo. Y, salvo raras y honrosas excepciones, la derecha gala se volcó en favor de la sublevación franquista y se opuso a que fueran ayudados desde Francia los bandidos, asesinos y ladrones que, claro está, componían el «Frente crapular», al servicio de la masonería, del judaísmo y del comunismo soviético.

El miedo, real o fingido —que de todo hubo— del comunismo había transformado a Francia en un «nido de víboras» y, como eran los adinerados quienes tenían el «poder real», éstos contribuyeron poderosamente al aplastamiento de la República española causante de insomnios. Muera la República en Iberia, ya que no estaba —aún— a su alcance la destrucción de la «Gueuse» (la miserable), la República Francesa, tan odiada.

Pero una cosa les molestaba en esta guerra de España, un aspecto particular que les colocaba en situación desventajosa frente a Mauriac y otros, cuando de defender la causa de los sublevados se trataba: el hecho vasco. Los vascos, tradicionalmente católicos, con un «Lendakari» de cuya honestidad intelectual y rectitud moral nadie podía dudar, conocido y estimado en los medios católicos romanos y en círculos amplios del catolicismo francés; estos vascos que gozaban de una autonomía que no ponía en peligro la tan cacareada unidad de la patria común, que poseían un Gobierno propio, no podían ser considerados, como lo afirmaban algunos esforzados paladines del fascismo con sin igual desvergüenza, como aliados de «los bolcheviques enemigos de la cruzada defensora de la civilización cristiana y del orden». Atacar abiertamente a los vascos, que se habían defendido de una injusta agre-

sión, podía resultar, hasta cierto punto, impopular. Entonces, se intentó separar, primero, a los vascos entre ellos, y, en segundo lugar, a vascos y franceses. Para lo primero, bastaba afirmar que los dirigentes de Euzkadi estaban al servicio de Rusia; y, para lo segundo, decir al pueblo galo que en España había dos guerras y no una: la de los separatistas y la de los «rojos» frentepopulistas. Páginas enteras po-



Sobre la «ikurriña», un cartel realizado por Uralde proclama la lucha del pueblo vasco por su libertad. La resistencia ofrecida por dicho pueblo a los avances nacionalistas, revela la solidez de unas ideas y principios por los que combatió denodadamente.

dríamos citar sacadas de los diarios franceses de 1936 a 1939 para probar estas afirmaciones nuestras.

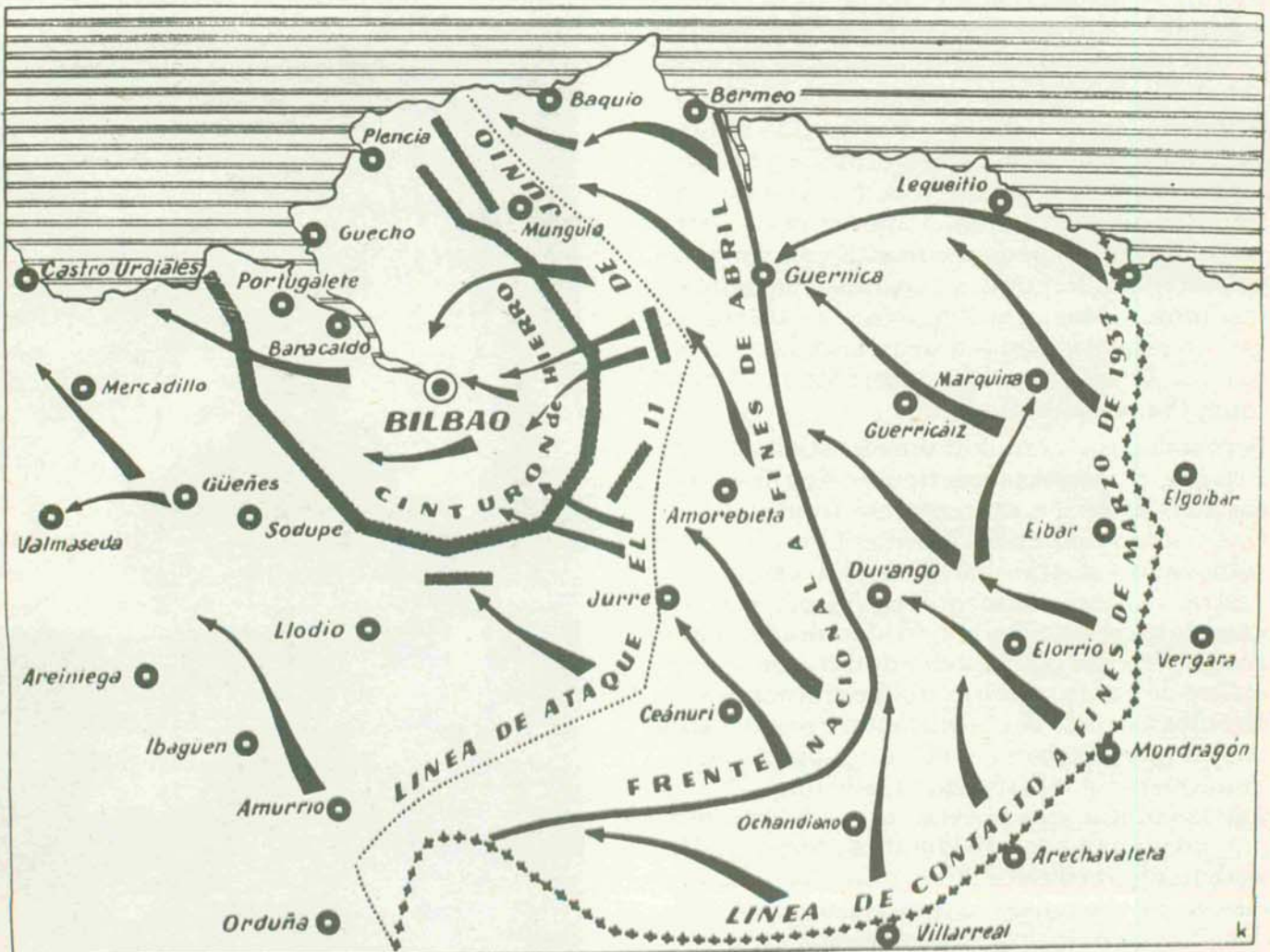
Terminada la contienda, fue necesario justificar la actitud anti-republicana, porque había sido injusta. La justificación consistió en afirmar otra vez que vascos y rojos eran de la misma calaña, para lo cual se sirvieron de la pluma ágil de un jesuita mal o incompletamente informado, si no embustero, lo que no nos atrevemos a insinuar. Y, en una tribuna de cierto prestigio, las páginas de la revista parisiense «Revue des Deux Mondes», apareció, el 15 de febrero de 1940, un largo trabajo firmado por el padre J. Bivort de la Saudée, titulado (el título es harto expresivo) «**Los mártires de España y la alianza vasco-comunista**» («Les martyrs d'Espagne et l'alliance basco-communiste»).

En veinte páginas de texto, en las que el lector hallará de todo y hasta enormes errores acompañados de confabulaciones sin base, se

ataca a los republicanos en general —horda de ladrones y asesinos— y a los dirigentes vascos y a su presidente, José Antonio de Aguirre, en particular. Como ejemplo de... ligereza, he aquí unas afirmaciones del autor del artículo:

«Cuando un grupo de **anarquistas** vino al palacio episcopal de Vich para destruirlo, contaron al sacerdote que les recibió... que tenían un plan bien estudiado que (ellos) habían aprendido en **Rusia**... donde nos enseñaron a odiar a Cristo». «La Jerarquía española evaluaba el 1.º de julio de 1937 en más de 300.000 el número de laicos asesinados, únicamente por sus ideas políticas y en particular religiosas».

Si la primera no necesita comentario alguno por el hecho de que todo el mundo sabe que los anarquistas no eran ni son personas gratas en la URSS, la segunda conserva la autoridad que se quiera conceder a la «Carta Colectiva de los Obispos españoles a los del mundo entero», aparecida en aquellas fechas. Y, ¿qué de-



Croquis de las sucesivas posiciones que fue adoptando el frente de Bilbao (tomado del libro «La guerra de España en sus fotografías»). En un primer momento, el «cinturón de hierro» preparado en torno a la capital parecía inexpugnable. No obstante, tales fortificaciones no pudieron evitar la ruptura del frente a mediados de 1937.



Una de las tentativas de paz por separado que se quiso acordar con el Gobierno de Euskadi, parece que tuvo como promotor al Cardenal Pacelli (posteriormente, Papa Pío XII, tal como le vemos en este retrato de la izquierda). También el general Mola —derecha— colaboró en un proyecto de paz, conjuntamente con el entonces Cardenal Primado de España.



cir de otras dos afirmaciones: una sobre Bergamín, «católico sin autoridad», y sobre Osorio y Gallardo, «que no es católico practicante»? Ciertas o no, no vemos por qué razón vienen a estas columnas tales afirmaciones como no sea para desprestigiar a los que se quedaron del lado de la legalidad de entonces, por ser conocidos en el extranjero. Pero estas cosas tienen importancia mínima. Hoy son anécdota.

PROPOSICIONES DE PAZ SEPARADA A EUSKADI

De este fárrago de afirmaciones e incongruencias, conviene destacar, sin embargo, algunas que corresponden, parcialmente al menos, a la verdad histórica, la mayor parte de las cuales se encuentran al final del tan citado artículo bajo el título «**Las tentativas de pacificación: su fracaso**». No hay duda de que el padre Bivort de la Saudée conoció los pormenores de algunas de estas tentativas, y las deformó, o fue mal informado por quienes vivieron los hechos y mintieron al hombre de pluma. Es posible, incluso, que las fuentes de información fueran las allegadas a la Nunciatura de París. Lo extraño, en este último caso, es que no se ajusten a la verdad. Pero que el lector aprecie por su cuenta antes de ofrecer otra versión, la del propio señor Aguirre, hoy desaparecido:

«No solamente era la Jerarquía la que se mostraba deseosa de ayudar al Gobierno de Euskadi a firmar una paz con los nacionalistas, sino también la Santa Sede...» (En «Le Jour», diario dirigido por Leon Bailby, aparece una noticia el día 1 de julio de 1938: «Le Vatican souhaite le triomphe des nationalistes». NDA).

«Varios («plusieurs») encargados de negocios del Gobierno de Euskadi iban y venían entre París y Bilbao. No disimulaban cuánto esperaban de la Iglesia y, concretamente, de una personalidad como la del Cardenal Paccelli, con vistas a humanizar la guerra. Ya, en varias ocasiones, Monseñor Valerio Valeri, Nuncio en París, había transmitido fielmente al Vaticano requerimientos solicitando medidas de clemencia en favor de los presos políticos vascos. La Santa Sede, por vía diplomática, se había hecho inmediatamente intérprete de esta demanda ante el Gobierno de Burgos. En otras circunstancias —prosigue el autor del relato—, siempre de acuerdo con las instrucciones de Roma, la nunciatura apostólica de Francia obtuvo favorables resultados en cuanto al intercambio de prisioneros. Pero eran intervenciones menores al lado de la misión infinitamente más delicada de la que monseñor Valeri sería encargado a petición del Vaticano: Su Excelencia, el Nuncio apostólico, debía obrar en París a fin de favorecer las negociaciones que se iban a iniciar entre el general Franco y el Gobierno de Euskadi. Era un trabajo difícil entonces. El Quai d'Orsay, numerosos miembros del Cuerpo Diplomático y personalidades parisienses prestaron su concurso (al Nuncio). Entre estas últimas, un ex-jefe de Estado (se trataba del Presidente mejicano De la Barra) jugó un papel importante, de primer plano...»

«(Fue) a finales de febrero y en el curso del mes de marzo de 1937, cuando el Cardenal Gomá era nuncio oficioso acerca del general Franco. Unas semanas más tarde, Su Eminencia el Primado de España hizo cuanto estuvo en su poder para que el Generalísimo del Ejército español propusiera al Go-



«No solamente era la Jerarquía eclesiástica la que se mostraba deseosa de ayudar al Gobierno de Euskadi a firmar una paz con los nacionalistas, sino también la Santa Sede», escribió el presidente José Antonio de Aguirre —aquí, junto a su ministro Irujo— sobre las propuestas de paz recibidas.

bierno de Euskadi condiciones de paz aceptables. Elaboró un proyecto con el general Mola, proyecto que fue sometido al general Franco. Contenía (el proyecto), tres condiciones para hacer aceptar la paz por el señor Aguirre: 1) promesa de respetar la integridad de la vida y los bienes de quienes depusieran las armas; 2) se dejaría huir o se favorecería la huida de los jefes; 3) serían traducidos ante los tribunales militares regulares únicamente los autores de crímenes de derecho común: asesinatos, incendios...».

«No solamente el general Franco aceptó que estas condiciones fueran propuestas en su nombre al Gobierno de Euskadi, sino que, en un gesto de magnanimidad, añadió otras dos: 1) las provincias vascas gozarán de los mismos privilegios económicos, políticos y jurídicos que Navarra, por ser ésta la provincia más privilegiada de España; 2) las mejoras económicas y sociales de las provincias vascas serían mantenidas y, según el programa de la Encíclica «Rerum Novarum», serían desarrolladas a medida que la situación financiera de España lo permitie-

ra». «Si estas condiciones no eran aceptadas antes de la ruptura del «cinturón de hierro» de Bilbao, el Ejército nacionalista entraría en la ciudad en conquistador».

«Este proyecto fue oficialmente comunicado al señor Aguirre; una eminente personalidad eclesiástica española se fue inmediatamente a Saint Jean de Luz y Biarritz con la intención de entrevistarse con el canónigo Oniandía, cuya influencia hubiera sido considerable para hacer aceptar las proposiciones de paz al Gobierno de Euskadi. Pero no fue posible dar con su paradero. Aguirre dio largas al asunto («temporisa»). Después de quince días, pidió que dos cláusulas más fueran añadidas a las proposiciones de Franco: 1), el presidente del Gobierno de Euskadi no sería considerado como traidor; 2) el secreto diplomático sería guardado tanto sobre las negociaciones como sobre las condiciones de la rendición. El general Franco contestó que no trataba más que de las condiciones generales de la rendición y no de intereses particulares y que, por otra parte, había prometido el favorecer la huida de los responsables; y prometió el secreto en respuesta a la segunda demanda.

«El señor Aguirre exigió aún otra condición: Todas las cláusulas debían ser garantizadas por una Potencia extranjera. Esta condición fue rechazada por los jefes nacionalistas por considerarla deshonrosa... Estábamos en mayo de 1937. El 3 de junio un accidente trágico... en el que perdió la vida el general Mola... el ataque contra Bilbao no se reanudó hasta el día 10. Dávila reemplazó a Mola. El 17, los nacionalistas vascos abandonan los altos de Pagasarri. Muy pronto, el «cinturón de hierro» se rompió y, el sábado 19, por la tarde, los primeros tanques del Ejército «blanco» penetraban en Bilbao. La República de Euskadi vio perecer su autonomía conquistada por unos meses al precio de una colaboración material con los enemigos de Dios y de toda la religión».

Y el largo relato termina así:

«La Jerarquía y todos cuantos habían trabajado para obtener una paz honorable a la República de Euskadi, no buscando en ello más que el bien de los vascos y el de la España nacional, no pudieron conocer sin dolor las exigencias del señor Aguirre». (Todos los subrayados son nuestros. AF.)

Al pedir perdón al lector por lo extenso de los párrafos citados, diremos que lo hemos hecho creyendo hacer más fácil la comprensión de este apenas conocido asunto; al destacar que, de hecho, lo que se pretende es desacreditar

al «Lendakari», quien, al parecer, estaba únicamente preocupado por poder escaparse sin ser considerado como un traidor por sus enemigos, y por que el pueblo vasco ignore las negociaciones entabladas con los sublevados (es mal conocer al fenecido presidente Aguirre...). Por otro lado, acaso para hacer olvidar la destrucción de Guernica, meses antes, por los aliados germanos, se muestra la extraordinaria generosidad de Franco que, magnánime, tiende la mano a los vascos y al «Gobierno de Euskadi», calificado en su propaganda de «separatista», que se compromete, además, a favorecer la fuga de los dirigentes. Entre la generosidad del segundo y la posición astuta del primero, los cristianos de buena fe de Francia alabarían, claro está, al «Jefe de la Cruzada» y echarían sobre las espaldas del «Lendakari» todas las culpas, hasta la de haber contribuido, con su intransigencia, a la destrucción del santuario venerado de los euskeras. Como dicen los propios compatriotas del jesuita, «c'est cousu de fil blanc».

LAS DOS PROPOSICIONES VENIDAS DE ROMA: ¿PROPAGANDA?

Si es cierto que el señor Aguirre escribió, en mayo de 1942, ya en Nueva York, después de haberse ocultado... en Berlín y haber pasado en la Europa ocupada por un sinfín de aventuras, que el artículo del Padre Bivort «**es falso desde el principio hasta el fin**», no es menos cierto que hubo dos tentativas —la tercera, a más bajo nivel, tuvo lugar en Santoña y terminó con la muerte o la condena de los vascos que se rindieron y de los que hablaremos más adelante— venidas ambas de Roma. Empecemos por aquella a la que se refiere el citado autor, en la que intervino, efectivamente, el Vaticano. Pero no como quedaba indicado en el relato.

En efecto, el Vaticano, a requerimiento de probados cristianos seguramente, decidió intervenir en favor del pueblo vasco, enviando un mensaje personal al señor Aguirre, el cual no lo recibió, como veremos más adelante al relatar las gestiones de éste, hasta tres años más tarde, cuando conoció, ya en París, la versión del jesuita Bivort. Pero la Santa Sede, en lugar de recurrir al cable submarino que unía Londres a Bilbao, **transmitió el mensaje a Barcelona, vía Roma y en claro, sin clave**, por lo que cualquiera que lo tuviera en sus manos se enteraría del asunto —un asunto que exigía mucha cautela. Es por lo menos extraño que la cautelosa Santa Sede, sutil y previsora en sus gestiones diplomáticas, procediera así. En

Barcelona funcionaban los servicios telegráficos del Gobierno de la República—lo que no podía ignorar tampoco el Vaticano— y el encargado del servicio que recibió el mensaje lo transmitió al Gobierno, a la sazón en Valencia.

«Hubo consultas y hasta secreto jurado entre los miembros del gabinete que conocieron el texto. Se reunieron secretamente, con excepción del ministro vasco, señor Irujo; del catalán, señor Ayguadé, el señor Prieto, según me aseguró él mismo, y, quizá, algún otro ministro por no haber sido convocados. Acordaron silenciar el telegrama sin darme traslado del mismo...», escribe el principal interesado, el señor Aguirre.

Para intentar dejar bien clara la posición del Gobierno de Euskadi, ya vencido, en 1940 el presidente vasco hizo las oportunas gestiones acerca del Nuncio en París, Monseñor Valeri. **Hubo, pues, una iniciativa vaticana que fue ignorada por el Gobierno autónomo hasta finalizada la guerra.** Para que las cosas queda-



Después de la del Vaticano, la segunda tentativa para conseguir una paz separada con Euskadi también provenía de Roma: concretamente del propio Mussolini y de su yerno y ministro de Asuntos Exteriores, el conde Galeazzo Ciano, presente en la imagen. Tampoco tal propuesta llegó a prosperar.

ran en su sitio, el señor Aguirre hizo un informe detallado, dirigido al Cardenal Magliore, secretario de Estado en el Vaticano, para que fuera entregado al Santo Padre. En el informe destaca el «Lendakari» su sorpresa ante las «revelaciones» de Bivort, así como los embustes contenidos en el artículo de éste y afirma ignorar lo del mensaje dirigido a Barcelona, por lo que, respetuosamente, pide perdón y excusa su silencio. Le confirma que el Cardenal Pacelli, el 7 de mayo de 1937, le había enviado un telegrama a **Bilbao** (¿por qué no a Barcelona, como el mensaje?), lamentando el «fracaso» de las «negociaciones», contestando el señor Aguirre que no sabía de qué se trataba. Como el escrito fue entregado a la Nunciatura el 7 de mayo de 1940 y la derrota militar de Francia tuvo lugar entonces, el señor Aguirre nunca pudo saber si el Papa había recibido el mensaje y, en caso afirmativo, cuál hubiera sido su respuesta.

La segunda tentativa para conseguir una paz separada, igualmente venida de Roma, tuvo por principales actores al propio Duce y a su yerno, el Conde Ciano. Y «toda la documentación referente a este asunto se halla en uno de los archivos de la Presidencia del Gobierno Vasco en lugar que no conviene mencionar», puntualiza el presidente. Esperemos que un día se pueda llegar libremente hasta ella.

A mediados de mayo de 1937, un personaje que merecía la confianza total de las autoridades autónomas, llegó de Francia a Bilbao con un encargo «delicado y espinoso». ¿De qué se trataba?

Un diplomático italiano, el Conde Cavaletti de Sabina, llegado al sur de Francia con el pretexto de descansar, traía un encargo de Ciano para el Jefe de Euskadi. «Se trataba de una proposición que hacía el propio Mussolini y venía expresada en nota verbal y en unas ampliaciones que serían ratificadas asimismo de palabra»:

«La nota verbal expresaba en primer término el deseo del Duce de llegar a una paz separada con los vascos, mediante la entrega —reza textualmente— de Bilbao, a sus tropas, verificada la cual, Italia garantizaba el cumplimiento de unas cláusulas muy humanas para la tranquilidad del País Vasco y de garantía para los miembros de nuestro Gobierno, jefes políticos y militares vascos. Terminaba la nota señalando el procedimiento a seguir para iniciar las negociaciones: yo, como Presidente vasco, dirigiría a Mussolini un telegrama pidiéndole su intervención, basándome en motivos humanitarios. Se me ofre-

cía la clave oficial secreta italiana, que podía utilizar libremente».

Esta proposición coincidía, en el tiempo, con la hecha por monseñor Pacelli, más tarde Pío XII.

La primera respuesta del señor Aguirre fue que, en ningún caso, aceptarían los vascos ninguna proposición en que figurara la palabra «rendición». Pero, a los pocos días, el mismo mensajero anunció que el Conde Cavaletti deseaba ir a Bilbao, en un avión italiano «sin colores ni señales de ninguna clase». El emisario confirmó asimismo que el citado personaje, después de remitir la respuesta vasca, recibió orden de empezar las negociaciones en las que se estudiarían, incluso, las «posibilidades de un protectorado italiano sobre Euskadi». El Duce «pretende intentarlo—dice el correo del señor Aguirre— y el ensayo vasco le servirá para llegar a idénticas conclusiones con los catalanes y, luego, a la paz con la República».

La respuesta del señor Aguirre fue, una vez más, tajante: que viniera el Conde a Bilbao y se le garantizaría la seguridad personal. Nada más. Cavaletti dijo que le impresionaba la sinceridad de las garantías, aun cuando él «no hubiera podido garantizarles lo mismo». Al no hacer el enviado especial el viaje Bilbao-Hendaya, el asunto se quedó en nada. **Pero, en ambos casos, parece ser que los que aspiraban al papel de interlocutores afirmaban tener autorización expresa del general Franco** —lo que no está demostrado—; el padre Bivort de la Saudée habla de la **intervención directa** en las negociaciones —que no llegaron a serlo— del propio «Caudillo».

LA RENDICION DE SANTOÑA: DESHONOR Y PROMESA INCUMPLIDA

Lo inevitable se produjo: ruptura del «cinturón de hierro», entrada en Bilbao de los nacionalistas, y la dramática reunión del Gobierno autónomo en el curso de la cual se planteó la posibilidad de entregarse a cambio de que fuera respetada la población sobre la que se abatiría la represión. El ministro del Interior propuso la entrega, Aguirre estimó que era a él a quien correspondía el sacrificio. Por fin, se impuso el buen sentido: el sacrificio sería inútil. Bastaba recordar lo sucedido en Guipúzcoa, donde hasta 15 sacerdotes habían sido fusilados. Los miembros del Gobierno se fueron cada uno por su lado a ocupar sus puestos entre las tropas vascas.

Roto ya el frente, las tropas italianas y nacio-



Entrada de las tropas franquistas en Bilbao tras haber roto el «cinturón de hierro». Se produjo previamente una dramática reunión del Gobierno autónomo Vasco en la que se planteó la posibilidad de entregarse a cambio de que fuera respetada la población. Por fin, los miembros del Gobierno decidieron luchar hasta el final con sus tropas, reintegrándose a sus puestos.

nalistas avanzaban rápidamente en dirección a Santander. En las regiones de Laredo y Santoña quedaban copadas las divisiones vascas que no habían tenido ocasión de entrar en el combate. Y aquí se produce un acontecimiento que prueba hasta la saciedad cuáles eran, en realidad, las intenciones de cuantos se proponían descomponer la resistencia republicana, dividiendo a sus Ejércitos y a las regiones autónomas. La Historia ha contestado. Recordemos la rendición de la zona Centro.

Sin embargo, los republicanos fueron lo suficientemente cándidos como para aceptar la proposición del general italiano Mancini, quien ofreció a los soldados vascos copados unas honorables condiciones de rendición, que éstos acogieron sin temor. Los plenipotenciarios de los «gudaris» pasaron las líneas enemigas, y convinieron con Mancini en persona lo que se llamó «el pacto de Santoña».

Las condiciones fueron las siguientes:

1) Deponer las armas y entregarlas a los italianos que ocuparían la región de Santoña sin

resistencia alguna; 2) Asegurar la libertad de los presos políticos que se encontraban en el presidio de Santoña y en Laredo; y 3) Mantenimiento del orden en la zona ocupada por los republicanos. Los vascos aprobaron y cumplieron lo establecido.

Por su parte, Mancini se comprometía a: 1) Garantizar las vidas de los combatientes vascos; 2) Garantizar las vidas y autorizar las salidas al extranjero de todas las personalidades políticas vascas que se hallaban en territorio santanderino; 3) Considerar a los combatientes vascos sujetos a esta capitulación libres de todo compromiso de luchar al lado de Franco; y 4) Asegurar que la población civil leal al Gobierno vasco no sería objeto de represalias.

Al anochecer del 25 de agosto, empezaron a entrar los italianos en Laredo y un teniente coronel leyó en público las condiciones del armisticio, fijándolas en las esquinas de las calles al lado de la bandera italiana. Al día siguiente, era la entrada en Santoña y, acto

seguido, la Junta de Defensa vasca hacía entrega de la población al coronel Fergosi. Aquella misma noche, anclaban en la bahía de Laredo los barcos ingleses «Bobie» y «Seven Seas», encargados del transporte de los vascos.

Al día siguiente, el Ayuntamiento fue rodeado por los soldados italianos, mientras los vascos estaban en el muelle en espera de la orden de embarque, que llegó hacia las nueve de la mañana para los que poseyeran la contraseña firmada por los dirigentes o el pasaporte vasco. Estas operaciones estaban controladas por ambos capitanes y el observador del Comité de No Intervención, señor Costa e Silva. Una hora más tarde, «un español vestido con uni-

forme italiano y luciendo insignias falangistas» da orden de interrumpir el embarque, orden que emanaba, según él, del coronel Fergosi. Poco después, las tropas italianas rodean a los «gudaris», suben a los barcos, y colocan cuatro ametralladoras en los lugares estratégicos. De nada sirvieron las gestiones del observador y los capitanes ingleses acerca del coronel, el cual, a su vez, afirmó tener **órdenes directas del general Franco** para que nadie abandonara Santoña. Por el sendero del deshonor se puede ir muy lejos.

Efectivamente, aquella misma noche oficiales falangistas ordenaron que todos los vascos que estaban a bordo bajaran al muelle. Todos fueron metidos, amontonados, en camiones sobre los que ondeaba la bandera italiana y llevados a Laredo. A los demás vascos, les colocaron en dos grupos: en uno, los soldados desarmados; en el otro, los dirigentes políticos y sindicales. «Las fuerzas italianas estaban bajo las órdenes del coronel Farina, acompañado de los también coroneles Fergosi y Piesch, éste último encargado de los campos de concentración. Parece ser que, tanto Farina como Piesch, manifestaron abiertamente su indignación por lo que sucedía y el primero de éstos dijo al observador de la No Intervención:

«Es lamentable que un general italiano no cumpla con la palabra dada; no hay en la Historia un caso semejante».

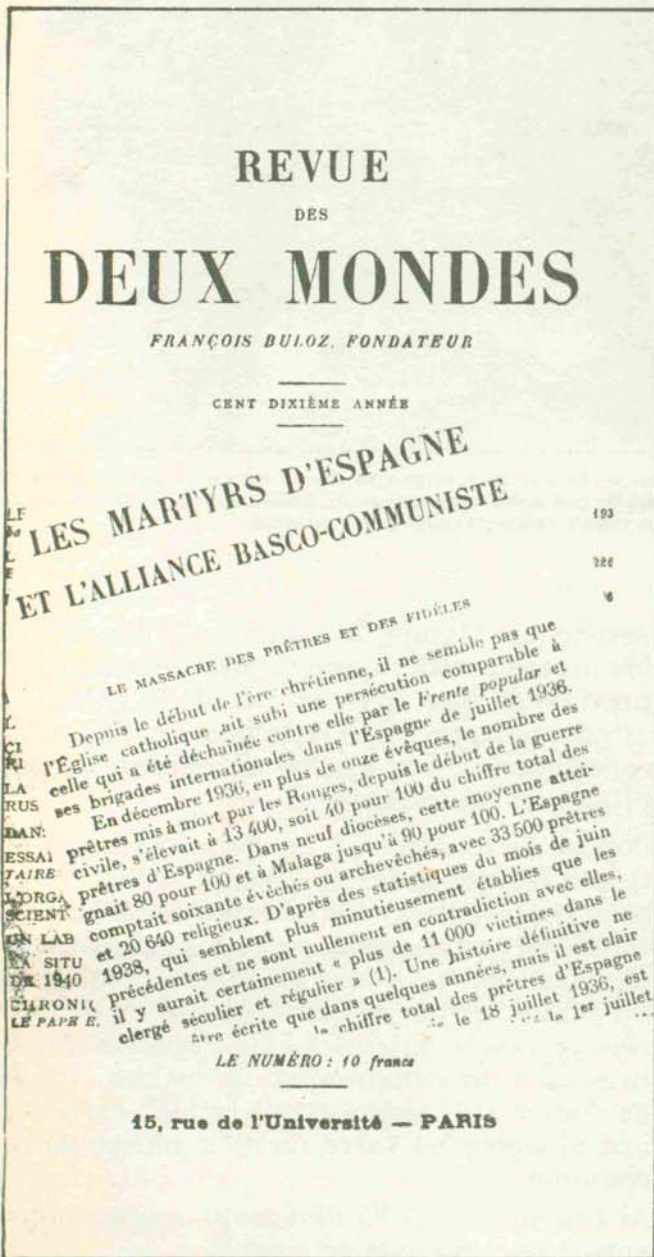
El capitán del «Bobie» preguntó a Fergosi si los vascos estaban considerados como prisioneros o no, asegurando el interpelado que así era, que el general Mancini no tenía intención de entregarlos a Franco.

El caso es que unos fueron fusilados; otros, ahorcados; y los más, fueron a poblar las cárceles nacionalistas. Los jefes políticos y militares fueron reclusos en el penal del Dueso. La misma noche, empezaron las «sacas». Algunos pasaron ante el pelotón de ejecución, mientras otros más quedaron acostados para la eternidad en las playas o al borde de las carreteras solitarias.

Hay una vieja canción vasca que aún hoy se canta en tierras de Euskadi:

**«Hace dos mil años una legión de romanos
vinieron a hacer la guerra a la tierra de los
[Vascos.
Los obstinados cántabros buena respuesta les
[dieron:
—Preferimos morir que ser sometidos.
Estas palabras no han sido aún olvidadas».**

■ A. F.



Cabecera de la publicación parisiense «Revue des Deux Mondes» junto a la que aparece montada la primera página del artículo «Los mártires de España y la alianza vasco-comunista», que en ella apareciera el 15 de febrero de 1940. Firmado por el jesuita J. Bivort de la Saudée, dicho texto no contenía sino falsedades e inexactitudes sobre la guerra y el País Vasco.